

La Lectura, la Vida y la Muerte

por *Sebastián Salazar Bondy*

Bastante vergonzoso es que nuestro país ostente uno de los más altos índices de analfabetismo del continente, pero no deja de ser significativo que con relación a la población que sabe leer el número de personas que consumen libros sea insignificante. Cuando uno se entera de la escasa demanda de publicaciones impresas —desde diarios hasta tratados técnicos— que existe en el Perú, no puede menos que preguntarse a fondo a qué causas obedece esta crisis del lector, que no sólo atañe a la buena lectura, sino que inclusive alcanza a esa literatura chirle que en otras latitudes se fabrica y adquiere en grandes cantidades. Un novelista policial —y no de los que en dicho género conciben pequeñas obras maestras— estaría impedido aquí de vivir de su pluma, y narradores de pautilla, como Pérez y Pérez o Delly, se las verían negras para colocar bien sus almibaradas invenciones. Ya no se trata del problema de la calidad de la lectura: falla el ejercicio mismo de la lectura, sin reparar en su clase o categoría.

Las experiencias de los festivales han sido exitosas gracias al especial *modus operandi* de la oferta, rodeada de una necesaria y eficaz algarada publicitaria, pero una industria no puede estar librada siempre a semejante sistema. Toda producción crece y se perfecciona por la creciente sollicitación del producto fabricado. No podría prosperar la industria del zapato, verbigracia, si cada cierto tiempo, para que la gente comprara calzado, los fabricantes tuvieran que realizar festivales adecuados. Las industrias reales viven y prosperan de la demanda regular, periódica y exigente del público, y la competencia se basa en la lucha empeñada entre unos y otros

por brindar lo mejor en las mejores condiciones económicas. Con el libro debiera pasar otro tanto. No sucede así por la simple razón que es una reducida minoría la que acude a las librerías a comprar uno o más libros por mes, mientras el res-



to de la población urbana simplemente no lee. Ha perdido el hábito de leer, o no se lo han enseñado nunca.

Tal vez el problema radique en que al niño se le enseña a leer como un acto mecánico, pero no se lo instruye, al mismo tiempo, en la mejor manera de asimilar provechosamente el contenido de la lectura. No se ilustra al educando en el modo de estimular su imaginación a partir de las ideas, conceptos e imágenes que le transmite el texto escrito. A la mala educación se añade la proliferación actual de los medios de expresión meramente gráficos, desde el cine —y ahora la televisión— hasta la historieta, que para colmo de males llega a ser muda. Hay miles de analfabetos, es verdad, pero los alfabetos sólo saben mirar y, tal vez, oír. Tal como marchan las cosas va a llegar el día en

que toda la literatura tenga que estar traducida al dibujo o emitida oralmente. Habremos vuelto a la edad inicial del hombre, como el cangrejo que marcha hacia atrás.

En Europa y algunos países cultos de América basta mirar el pasaje de un ómnibus o un tren durante un viaje corto o largo: la mayoría de los que ocupan el vehículo aprovechan esos minutos para leer una revista o un libro. La misma verificación entre nosotros es testimonio de la crisis de que hablamos. Apenas un tres o, en el mejor de los casos, un cinco por ciento lleva bajo sus ojos un texto impreso: los demás transcurren con la mirada, con el ser, perdido en lontananza. Y esto, que para algunos puede ser algo sin importancia ni trascendencia, es sencillamente pavoroso. El que no lee novelas, no tiene el menor interés en la vida, el mundo y el hombre; el que no se renueva profesionalmente con nuevos aportes de la ciencia o la técnica, está preso de la rutina; el que no busca en el pensamiento ajeno estímulos a su propio pensamiento, es casi un vegetal. La curiosidad, el anhelo de saber más, la sed de conocimientos de cualquier índole, es prueba de que la existencia se sigue nutriendo se muestra dueña de salud, es decir, de esperanzas.

El radioteatro —que nuestros monopolistas radiales cultivan con tanto afán y tan nocivos efectos—, la infame historieta, el cine chabacano, etc., son, sin duda, los enemigos del libro. Si no se hace una promoción de la lectura, una campaña para que los ciudadanos de mañana sepan leer y consideren la lectura como un alimento espiritual necesario, terminaremos como un pueblo sin luces, como un pueblo muerto.